

DRAKONTOS

LAS MEJORES DECISIONES



Aprenda a tomarlas de la mano de

**Daniel Kahneman
Nassim Nicholas Taleb
Vilayanur Ramachandran
Daniel C. Dennett
Sarah-Jayne Blakemore
y otros**

John Brockman, ed.

CRÍTICA

LAS MEJORES DECISIONES

Aprenda a tomarlas de la mano de Daniel Kahneman,
Nassim Nicholas Taleb, Vilayanur Ramachandran,
Daniel C. Dennett, Sarah-Jayne Blakemore y otros

John Brockman, ed.

Traducción de
Genís Sánchez Barberán

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: junio de 2015

Las mejores decisiones

John Brockman (ed.)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Thinking*

© The Edge Foundation, Inc
© de la traducción, Genís Sánchez Barberán, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-857-0
Depósito legal: B. 10.774 - 2015
2015. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

1.

La mente normal y afinada

Daniel C. Dennett

Profesor universitario de Filosofía y codirector del Center for Cognitive Studies de la Universidad Tufts; autor de *Consciousness Explained*, *Darwin's Dangerous Idea*, *Kinds of Minds*, *Freedom Evolves* y *Breaking the Spell*.

Intento reparar un error que cometí hace unos años y replantearme la idea de que la manera de entender la mente es descomponerla en mentes más simples, y luego descomponer esas mentes simples en otras mentes más simples todavía hasta llegar a unas mentes que se puedan sustituir por máquinas. Esto recibe el nombre de «funcionalismo homuncular» porque tomamos a la persona como un todo y la vamos descomponiendo en dos, tres, cuatro o siete subpersonas que, en el fondo, son homúnculos o agentes. Es una regresión finita porque tomamos cada uno de esos homúnculos, lo descomponemos en otros homúnculos más «tontos» y especializados, y seguimos con este proceso hasta llegar a unos componentes que se puedan sustituir por máquinas: es una manera muy buena de concebir la ciencia cognitiva. Y también es el objetivo que la antigua inteligencia artificial intentaba —y aún intenta— alcanzar.

La idea es básicamente correcta, pero cuando la concebí por primera vez cometí un grave error. Por aquel entonces estaba enamorado de la neurona lógica de McCulloch-Pitts. McCulloch y Pitts habían propuesto la idea de una neurona artificial muy simple, una neurona computacional, que tenía múltiples entradas o *inputs*, una sola salida o *output* bifurcada, y un umbral de activación; por otro lado, los *inputs* podían ser inhibidores o excitadores. Y demostraron que, en principio, una red neuronal formada por

estas neuronas lógicas sería capaz de calcular cualquier cosa. Era una idea apasionante. Significaba que, básicamente, podíamos tratar el cerebro como un ordenador y tratar la neurona como una especie de interruptor básico de ese ordenador en una simplificación que, sin duda, era muy atrayente. Pero aunque todo el mundo sabía que era una simplificación, no era consciente de que lo era en exceso, y mucho más adelante me ha quedado clara esta exageración porque cada neurona, lejos de ser un simple interruptor lógico, es un pequeño agente con una misión y es mucho más autónoma e interesante que cualquier interruptor.

La pregunta es qué ocurre con nuestras ideas sobre esta arquitectura computacional cuando no vemos las neuronas como esclavas sumisas o como simples máquinas, sino como agentes a los que hay que mantener bajo control, que deben ser premiados adecuadamente y que pueden formar coaliciones, alianzas y organizaciones. Esta visión del cerebro como una especie de entorno social donde entran en liza fuerzas políticas enfrentadas puede parecer una fantasía graciosa a primera vista, pero me la tomo cada vez más en serio porque se sustenta en muchas corrientes diferentes.

El biólogo evolucionista David Haig ha escrito varios artículos excelentes sobre los conflictos intrapersonales donde comenta que, incluso en el nivel de la genética, los genes que adquirimos de nuestra madre y de nuestro padre —los llamados genes madumnales y padumnales— pueden entrar en conflicto y ocasionar graves desequilibrios que se plasman en anomalías psicológicas concretas.

Estamos empezando a aceptar la idea de que el cerebro humano no encaja en la visión burocrática de un sistema con un control jerárquico y muy bien organizado donde todo está en orden. En realidad, se parece mucho más a una anarquía con algunos elementos de democracia. A veces puede lograr un estado de estabilidad y ayuda mutua, una especie de frente único y en calma, y todo marcha sobre ruedas; pero también es posible que las cosas se tuerzan, que alguna alianza se haga con el control y acabemos sufriendo obsesiones, delirios u otros trastornos.

Empezamos a ver que la mente normal bien afinada, es decir, la mente bien organizada, no es el estado mental básico, sino que es un logro que solo se alcanza cuando todo va viento en popa, aunque en el ámbito general de la humanidad la mayoría de nosotros estamos bastante bien la mayor parte del tiempo. Esto supone una arquitectura muy diferente y estoy intentando hallar la manera de concebirla.

Lo que vemos hoy en la ciencia cognitiva es algo que llevo esperando muchos años, pero está sucediendo con tanta rapidez que me cuesta mucho mantenerme al día. Nos perdemos entre la gran abundancia de datos, pero, por fortuna, también hay abundancia de jóvenes inteligentes que han crecido con todo esto y para los que es natural pensar en unos términos computacionales abstractos que treinta años atrás eran imposibles de entender hasta para los expertos. Hoy un joven motivado puede llegar a la universidad bien preparado para abordar estas cuestiones. Es algo apasionante: nos van a dejar atrás y va a ser divertido verlo.

La visión del cerebro como un ordenador, una idea que todavía definiendo, está cambiando con gran rapidez. El cerebro es un ordenador, pero muy diferente de cualquier ordenador que conozcamos. Salvo en algunos aspectos, no se parece en nada a un ordenador portátil o de sobremesa, ni a un iPhone. Es un fenómeno mucho más interesante. Lo que Turing nos ofreció por primera vez (y sin Turing no podríamos hacer nada de esto) fue una manera disciplinada de pensar en fenómenos que, como me gusta decir, se basan en billones —con «b»— de piezas móviles. Antes de finales del siglo xx nadie era capaz de tomarse en serio una máquina con un billón de piezas: era algo inimaginable.

No lo podíamos hacer entonces, pero la ciencia informática nos ha dado las ideas y los conceptos de niveles, de unas máquinas virtuales que están dentro de otras máquinas virtuales que a su vez están dentro de otras. Tenemos esas ideas sobre la reorganización recursiva de las que nuestro iPhone es un ejemplo muy rígido y estructurado.

Nos estamos apartando de la rigidez de ese modelo, un modelo que ha valido la pena explorar hasta el final. Primero nos centramos en lo más sencillo e intentamos hacer que la mente fuera lo más simple posible. Hicimos que se pareciera lo más posible a un ordenador digital, a una máquina de Von Neumann. Pero no funcionó. Y sabíamos por qué. Así que pasamos a una arquitectura en paralelo porque, después de todo, es evidente que el cerebro funciona en paralelo.

Al final acabamos con una red conexionista. Pero aunque conocemos muchas virtudes de estas redes, ¿cómo entretejerlas en un gran tapiz que pueda hacer todo lo que hace la mente? ¿Quién está al mando? ¿Cómo es el sistema de control? El control es la verdadera clave y uno empieza a darse cuenta de que el control del cerebro es muy diferente del control de un ordenador. El control de un ordenador típico es descendente —de arriba abajo— y está diseñado hasta el menor detalle.

Los componentes de nuestro portátil no se descontrolan ni intentan hacer nada que el resto del sistema no quiera hacer. Todos los componentes son esclavos. Aun siendo agentes, son esclavos. Son prisioneros. Sus funciones están descritas con todo detalle. Reciben energía constantemente, sin preocuparse de dónde viene, y carecen por completo de ambiciones. Se limitan a hacer lo que se les pide y lo hacen muy bien, con solo un levísimo atisbo de entendimiento. Si gozamos de la potencia de los ordenadores es gracias a esos diminutos prisioneros robóticos, esclavos e irreflexivos; pero no es así como se organiza nuestro cerebro.

Todas las neuronas están presas en el cerebro, las veo como células encarceladas. Tengamos presente que cada neurona del cerebro, cada célula del cuerpo humano (simbiontes aparte), descende directamente de células eucariotas que vivieron y subsistieron cerca de mil millones de años como pequeños agentes que nadaban y vivían en libertad. Se las arreglaron solas y sobrevivieron.

Para conseguirlo, para protegerse, tuvieron que desarrollar conocimientos y aptitudes, pero cuando se unieron para formar

organismos pluricelulares renunciaron a gran parte de ello. En el fondo, se acabaron domesticando. Pasaron a formar parte de unas organizaciones más grandes y monolíticas. Sospecho que es una característica general. No debemos preocuparnos de que nuestras células musculares se rebelen contra nosotros. Cuando lo hacen lo llamamos «cáncer». Pero en el caso del cerebro —y reconozco que es una idea bastante descabellada— creo que solo en una especie, la nuestra, y puede que solo en las partes claramente más volátiles del cerebro, las áreas corticales, la genética ha incorporado un pequeño interruptor que hace que las neuronas se asilvestren un poco, que les ocurra lo que a las ovejas o a los cerdos que se asilvestran y que recuperan con rapidez sus aptitudes naturales.

Puede que muchas neuronas de nuestro cerebro no solo sean más aventureras y exploradoras, más capaces de actuar y vivir su vida con más riesgo, sino que también puedan estar, por decirlo así, más motivadas para hacerlo. Esas neuronas compiten entre sí para sobrevivir, para tener influencia. Y esto prepara el terreno para la cooperación y las alianzas. Sospecho que el secreto de nuestra mayor capacidad para la creatividad y la imaginación, para pensar con originalidad, es una organización más libre y anárquica, y que el precio que pagamos por ello es la vulnerabilidad a las ilusiones, a trastornos mentales como las obsesiones y a otros problemas menores.

Nuestro cerebro es mucho más «arriesgado» que el de otros mamíferos, incluso más que el cerebro del chimpancé. Y esto puede deberse, en parte, a unas simples mutaciones en unos genes de control que liberen parte del carácter competitivo innato que aún se halla en el genoma de cada neurona. Pero no creo que el nivel de la genética sea el adecuado para explicar este fenómeno. Creo que se explica mucho mejor por la cultura.

Considero que este fenómeno es una respuesta a la invención de la cultura. La cultura crea una biosfera totalmente nueva, una esfera nueva de actividad cultural que ofrece unas oportunidades que

no están al alcance de los tejidos cerebrales de otros seres vivos, y creo que para explicar cómo trabaja la mente debemos explorar este espacio de posibilidades culturales.

Lo que acabo de decir es muy especulativo. Estaría encantado de que el 20 % fuera verdad. Es una idea, una manera de concebir el cerebro, la mente y la cultura que, para mí, es muy prometedora, aunque puede que no resulte. Pero tampoco es que me preocupe mucho. Me conformo con investigarlo y, si resulta que estoy equivocado, diré: «Pues mira, estaba equivocado. Pero me lo he pasado bien investigándolo». Con todo, creo que podría tener razón.

Personalmente, no estoy preparado para dedicarme a esta ciencia; hay otros que pueden hacerlo y, en cierto modo, ya lo hacen. Sebastian Seung, del MIT, ya planteó la idea de las neuronas egoístas en un brillante discurso de apertura que dio hace unos años en la Society for Neuroscience de San Diego. Pensé, vaya, neuronas egoístas, sinapsis egoístas. Fantástico. Profundicemos en ello y veamos a dónde nos lleva. Pero hay muchas maneras de estudiarlo. Una de las características más asombrosas del cerebro y, por lo que sé, hasta hoy inexplicada, es su extraordinaria plasticidad.

Mike Merzenich unió mediante sutura los dedos de un mono con el fin de que no necesitara tanta corteza cerebral para representar cada dedo por separado, y las regiones de la corteza cerebral que representaban los dedos se redujeron dejando más corteza disponible para otras cosas. Cuando se eliminó la sutura, esas regiones volvieron muy pronto a sus dimensiones anteriores. Si nos vendamos los ojos durante ocho semanas, como hace Álvaro Pascual-Leone en sus experimentos, veremos que nuestra corteza visual empieza a adaptarse al braille, a la percepción háptica o táctil, al tacto.

La reorganización espontánea del cerebro en respuesta a traumas o, simplemente, a experiencias nuevas, es una de sus cualidades más fascinantes, y si no tenemos una arquitectura que pueda

explicar el cómo y el por qué de este fenómeno, nuestros modelos presentarán una grave deficiencia. Creo que debemos contemplar las neuronas individuales como si fueran microagentes y preguntarnos qué ganan con esto.

¿Por qué esas neuronas habrían de estar tan dispuestas a echar una mano y dedicarse a otras tareas? La respuesta es que están desocupadas, que no tienen trabajo. Y si no trabajan no pueden recibir neuromoduladores. Y si no los reciben, los receptores correspondientes empezarán a desaparecer y pronto se hallarán en paro permanente y acabarán muriendo.

Cuando pienso en esto me viene a la cabeza el trabajo de John Holland sobre la aparición del orden. Holland pone como ejemplo la ciudad de Nueva York. Siempre podemos encontrar algún lugar donde comprar un bocadillo, comer sushi, adquirir una silla de montar o prácticamente cualquier cosa que se nos ocurra, y no debemos preocuparnos de que ninguna burocracia garantice el suministro de esos productos porque el mercado se encarga de ello. La red individual de espíritu empresarial y agencia egoísta proporciona todos esos bienes y servicios: es un instrumento muy sensible que responde a las necesidades con gran rapidez.

Hasta que se va la luz. Y es que estamos a merced de la energía. Me preocupa mucho que, como civilización, seamos hiperfrágiles y dependamos tanto de tecnologías que no son tan fiables como deberían porque hay muchas condiciones que se deben cumplir para que funcionen. En caso de fallo nos podemos ver en un buen aprieto. Equiparar la capacidad de autoorganización del cerebro con la de una ciudad no es mala idea, pero atufa a metáfora excesivamente entusiasta y haremos bien en tener presente que esa idea ya se remonta a los tiempos de Platón.

Platón establece una analogía entre la mente humana y el estado: poseen gobernantes, guardianes y trabajadores. En ciertos aspectos, la idea de que una persona esté formada por una multitud de personas pequeñas es graciosa de tan ingenua que es, pero eso no impide que, en cierto sentido, sea cierta. No deberíamos recha-

zarla solo porque nos recuerde a otras ideas simplistas que han sido desacreditadas hace tiempo. Puede que alguna versión no tan simplista sea la verdadera.

Hay muchas pulgas culturales

Mi siguiente proyecto de envergadura será intentar examinar detenidamente la evolución cultural, considerar los distintos puntos de vista al respecto, ver si puedo lograr una especie de vista aérea para determinar el papel, si es que lo hay, de los memes o de algo parecido a ellos y ver qué otras fuerzas actúan. Debemos adoptar una perspectiva científica adecuada del cambio cultural. Las antiguas narraciones históricas son fascinantes: están llenas de detalles apasionantes y, en ocasiones, hasta son verídicas, pero solo abarcan una parte pequeña de los fenómenos. No son más que la punta del iceberg.

Básicamente, el modelo que llevamos usando varios miles de años es el que dice que la cultura se compone de tesoros, de tesoros culturales que son como el dinero, las herramientas o las casas: los acumulamos y los protegemos para pasarlos a la siguiente generación. Hay sociedades ricas y sociedades pobres, pero al final todo son bienes. Creo que esta visión solo se puede aplicar a la punta del iceberg.

La mayor parte de las regularidades de una cultura no son tesoros. No todo es ópera, ciencia, fortificaciones, edificios o barcos. La cultura incluye toda clase de malos hábitos, de pautas desagradables y tonterías que si bien en el fondo no tienen importancia, en cierto modo dominan la sociedad y forman parte de la ecología de la especie humana de la misma manera que el barro, la mugre y las pulgas forman parte del mundo en que vivimos. No son tesoros. Podemos pasar nuestras pulgas a nuestros hijos, pero no lo hacemos. No son una bendición, sino una maldición, y creo que hay muchas pulgas culturales. Pasamos muchísimas cosas sin ser cons-

cientes de ello y, claro está, el lenguaje es uno de los principales ejemplos: prácticamente no hace falta instrucción para transmitir el lenguaje.

Hay niños cuyos padres les señalan objetos concretos y les dicen: «Mira, esto es una pelota. Es roja. ¿Ves? es una pelota roja; y eso es una vaca, y aquello es un caballito». Esos niños no aprenden a hablar más ni mejor que los que no reciben una instrucción tan paciente. No hace falta. Nuestros hijos aprenderán *pelota, roja, vaca* y *caballito* aunque no nos preocupemos de ello. Como observación no es muy agradable, pero es cierta. Es prácticamente imposible no aprender el lenguaje a menos que el cerebro sufra alguna patología grave.

Comparemos el ser humano con el chimpancé. Centenares de chimpancés se han pasado toda la vida prisioneros en cautividad y en contacto con personas. Y es probable que hayan oído tantas palabras como cualquier niño. Pero nunca muestran interés. Nunca parecen sentir curiosidad por el significado de esos sonidos. Pueden oír todo lo que se dice, pero es como el susurro de las hojas. No les parece que sea digno de atención.

Pero los niños sintonizan con esos sonidos de una manera muy sutil. Puedo imaginar unos pequeños interruptores genéticos que, si se hallaran en una posición ligeramente diferente, harían que los chimpancés estuvieran tan dispuestos a escuchar el lenguaje como un bebé humano, pero no lo están y ello hace que su mundo sea muy diferente. Nunca comparten descubrimientos y aprendizajes como nosotros. Creo que esta es la característica del ser humano que más nos distingue del resto de animales: no tenemos que reinventar la rueda. Los niños no solo se benefician de los conocimientos de sus abuelos y bisabuelos. Se benefician de lo que todo el mundo ha llegado a saber cuando van a la escuela. No tienen que inventar el cálculo, la división, la cartografía, la rueda ni el fuego. Lo adquieren gratuitamente. Forma parte del entorno. Obtienen unos tesoros extraordinarios, unos tesoros cognitivos, solo por el hecho de crecer.

Tengo una lista larguísima de cosas que aún no he tenido tiempo de leer. En diciembre de 2012 viajé a París para participar en la conferencia Dan Sperber donde abordaré las inquietudes de Dan en torno a la evolución cultural. Creo que Dan tiene algunas ideas muy buenas y otras que son erróneas: es una desavenencia muy provechosa para mí.

Los científicos y su visión ingenua del libre albedrío

Hace un par de semanas, Sean Carroll organizó en Stockbridge un taller muy interesante sobre «Impulsar el naturalismo» en el que aprendí muchas cosas. Me di cuenta de lo difícil que es hacer algunas de esas cosas, un conocimiento que siempre es útil, especialmente para un filósofo.

Si nos tomamos en serio —como creo que deberíamos hacer— el papel que Sócrates propuso para nosotros como parteros del pensamiento, haremos bien en saber qué bloquea la imaginación, en qué le cuesta pensar a la gente, y una de las cosas que más me llamó la atención en el taller de Stockbridge fue ver que había gente a la que le costaba mucho tomarse en serio algunas ideas que, en mi opinión, se deben abordar con seriedad.

También me costaba a mí porque había ideas científicas que encontraba difíciles de entender. Es interesante estar en un grupo de personas que intentan comunicarse sin pretender lucirse. Están interesadas en hallar puntos de acuerdo y aun así tienen problemas, algo que es digno de ver y de saber porque nos hace abordar el resto de nuestras incursiones con más pesar pero también con más sabiduría. Bueno, o algo así. Por lo menos tomamos conciencia de lo difícil que puede ser inculcar una perspectiva o una forma de pensar en una mente ajena.

Me di cuenta de que mi trabajo había sido recortado de una manera que habría preferido no descubrir. Los científicos siguen teniendo una visión muy ingenua del libre albedrío. Ya llevo

mucho tiempo hablando de esto y hago lo que puedo para enmendar las ideas erróneas de muchos de ellos. Algún éxito he tenido, pero aún queda mucho por hacer en ese frente. Creo que a los científicos les atrae mucho pensar que son capaces de prescindir de una idea filosófica de varios milenios de antigüedad como el libre albedrío, algo que, estoy seguro, estaría bien si fuera verdad.

Pero no lo es. Creo que actúan de buena fe, que intentan aclararlo, pero pasan por alto muchos aspectos importantes. Deseo tanto como cualquiera una teoría naturalista del ser humano, del libre albedrío y de la responsabilidad moral, pero creo que es necesario reflexionar sobre estos temas mucho mejor de lo que ellos lo han hecho y que, por fortuna, esto significa que los filósofos tienen un trabajo importante que realizar.

Los filósofos han hecho aportaciones muy importantes que los científicos deberían conocer. Esta es una de las pocas cosas que habría querido decir a un montón de científicos a lo largo de mi carrera: «Mirad. Os queda mucha filosofía que leer antes de poder pontificar sobre esto. Hay textos muy buenos sobre estas cuestiones que haríais muy bien en estudiar».

Una combinación de arrogancia y cobardía

Las cifras sobre la resistencia estadounidense a la evolución siguen siendo deprimentes y debemos llegar a la conclusión de que hay alguna razón estructural. No es que la gente sea tonta; creo que está claro que todo el mundo, incluidos los presentes y yo mismo, tenemos nuestras autoridades, personas a las que acudimos y en cuya palabra creemos. Si queremos conocer la situación económica de Grecia acudiremos a alguien cuya opinión al respecto nos merezca crédito. No intentaremos averiguarla por nuestra cuenta. Buscaremos un experto en el que confiar y, sea cual sea el campo, siempre hallaremos alguno: todos tenemos expertos a los que acu-

dir y los expertos en temas científicos de muchas personas son sus sacerdotes o pastores.

Y no las culpo, pero desearía que eligieran a sus expertos con más cuidado. No creo que digan amén a un asesor de inversiones con la misma irreflexión que dicen amén a su pastor. Pero sí culpo a los pastores. ¿De dónde sacan sus ideas? Pues las sacan de sus autoridades religiosas. Me imagino que en la cima de estas jerarquías hay gente a la que se le debería caer la cara de vergüenza porque saben lo que hacen.

Mienten y cuando tengo la oportunidad les digo: «¿No os molesta que un día vuestros nietos quieran saber por qué creáis que debíais mentir a todo el mundo sobre la evolución?». Es que no me entra en la cabeza. Son mentiras. Y tienen que saber que son mentiras. Tan tontos no son y me gustaría que se preocuparan por lo que sus nietos y bisnietos podrán pensar de unos antepasados tan cobardes y arrogantes, de esa combinación de arrogancia y cobardía.

Deberíamos centrar nuestra atención en esos expertos y preguntarnos por qué persiste esta actitud. ¿Cómo es posible que tantos personajes públicos influyentes, poderosos y ricos puedan errar tanto en un tema como la evolución biológica? ¿Cómo ha llegado a ocurrir algo así? ¿Por qué sigue ocurriendo? La verdad es que es un poco extraño si pensamos en la vergüenza que sentirían si no supieran que la tierra es redonda. Creo que tal muestra de ignorancia haría que se sonrojaran de vergüenza. Como se sonrojarían por no saber que el VIH es el vector del sida o por no entender que las mareas se deben a las fuerzas gravitatorias de la Luna y del Sol. Puede que no tengan todos los detalles, pero saben que están ahí. Si quisieran, podrían conocerlos en veinte minutos. ¿Cómo ha llegado tanta gente a confiar ciegamente en personas a las que nunca comprarían bonos o acciones? No permitirían que un hijo suyo fuera operado por un cirujano que manifestara la ignorancia y la ideología de esas personas. Es algo muy extraño que no acabo de entender.

Los prejuicios del relativismo indolente

En un proyecto que inicié hace unos años con Linda LaScola entrevistamos a varios sacerdotes que seguían oficiando aunque habían perdido la fe. Linda era una investigadora y entrevistadora de mucho talento y, cuando se ganó su confianza, los entrevistados explicaron sin tapujos cómo habían llegado a la situación en la que se hallaban y cómo era vivir así. ¿Qué siente un sacerdote que ha perdido la fe al subir al púlpito cada domingo? Lo cierto es que se veían atrapados en una situación muy desagradable.

Cuando publicamos el primer estudio hubo muchas reacciones y una de las más sorprendentes fue que nadie alzó la voz diciendo que nos lo habíamos inventado o que aquello no era un problema. Todos los líderes religiosos lo sabían. Era uno de sus secretos inconfesables. Sabían muy bien que solo habíamos visto la punta del iceberg, que hay muchos sacerdotes que no creen en lo que sus feligreses piensan que creen y que algunos sufren a causa de ello y otros no, una cuestión que tampoco deja de ser interesante.

En la segunda fase del proyecto hemos ampliado el radio de acción y nos hemos empezado a fijar en los docentes de los seminarios, los que enseñan a los sacerdotes y desempeñan un papel muy importante en su iniciación a esta especie de hipocresía sistemática por la que aprenden que en el seminario se puede hablar de ciertas cosas, pero que desde el púlpito hay que decir otras. Considero muy grave este fenómeno de la hipocresía sistemática. Es un grave problema estructural de la religión de hoy y las distintas corrientes religiosas lo abordan de muchas maneras, ninguna de ellas especialmente acertada.

La razón de que no puedan abordar bien esta cuestión es que tienen un principio parecido al juramento hipocrático de la medicina: «Lo primero es no hacer daño». Por un lado aprenden esto y por otro aprenden que lo que nunca deben hacer desde el púlpito es que alguien dude de su fe. Si entre sus feligreses hay muchos creacionistas o fundamentalistas que interpretan las escrituras lite-

ralmente y creen en todos los milagros, en la resurrección, etc., no los deben desengañar. Pero también son conscientes de que muchos otros feligreses no están tan seguros y creen que el sentido de todo eso es más bien metafórico o simbólico, que no es una verdad literal.

¿Cómo pueden actuar para no ofender la inteligencia de esos feligreses insistiendo, por ejemplo, en la literalidad del Génesis y, al mismo tiempo no asustar, traicionar o desengañar a los feligreses más ingenuos y con una mentalidad más literal? Por lo que sabemos, no hay buena solución para este problema dada esa regla tácita de que no deben minar la fe de ninguno de sus feligreses.

Esto significa que existe una especie de hipocresía obligatoria por la que los sacerdotes hablan desde el púlpito de una manera tan literal que si no prestáramos atención suficiente hasta podríamos llegar a pensar que se creen todo lo que dicen. Por otro lado, también añaden insinuaciones e indirectas destinadas a los feligreses menos fanáticos para que piensen que todo tiene un carácter simbólico o metafórico. Y eso es lo que quieren aunque se resistan a admitirlo. No podrían colocar un letrero sobre el púlpito que dijera «Todo son metáforas», porque el negocio se vendría abajo.

No pueden admitir que solo son metáforas aunque reconocen que lo son cuando alguien se lo pregunta y por eso persiste esta ambigüedad profesional. Si se estudia a fondo este fenómeno como hemos hecho Linda y yo, salta a la vista que ya no saben qué significa decir la verdad. ¡Y es que hay tantas clases diferentes de verdad! Aquí es donde nos topamos con el posmodernismo. ¡Qué perjudicial ha sido este movimiento, esta especie de vandalismo intelectual que otorga licencia para esa clase tan perniciosa de relativismo indolente!

Uno de los pasajes más escalofriantes de esa gran obra de William James, *Las variedades de la experiencia religiosa*, es aquel donde habla de los soldados: «Para un ejército es mucho mejor ser demasiado salvaje, demasiado cruel y demasiado bárbaro que poseer un exceso de sentimentalismo y de sensibilidad humana». Es una re-

flexión que me da mucho que pensar. Recordemos, si no, la invasión de Irak. Allí estaba Rumsfeld, diciendo «No nos hace falta un gran ejército. No hace falta. Nos puede salir barato», pero hubo otras personas a las que visto lo sucedido después podemos calificar de más sensatas, que dijeron: «Mirad, si queréis ganar tendréis que entrar con un ejército y una fuerza tan arrolladores que intimiden por completo a la población; así se podrá mantener la paz y hacer que la población acepte la invasión de algún modo para que haya menos muertos y menos heridos. Tenéis que entrar haciendo una demostración de fuerza abrumadora».

Pero no lo hicieron y ahí tenemos el resultado. Terrible. Puede que no lo pudieran hacer. Puede que Rumsfeld supiera que el pueblo estadounidense no lo apoyaría. Pero, de ser así, y a la vista de lo sucedido, el hecho es que no debieron haber llevado a cabo la invasión. Y es que el principio subyacente es muy conocido. Si no quieres que haya disturbios graves pon cuatro veces más policías de los que creas necesarios. Así se evita que haya víctimas porque la gente no es tonta cuando se halla frente a esta situación. Pero cuando se trata de la religión no piensan de la misma manera y eso es algo que da mucho que pensar. Así es como lo veo yo.

Supongamos que nos enfrentamos a un enemigo terrible, a otro Hitler por decirlo así, y que para defendernos podemos recurrir a dos ejércitos distintos a los que llamaré «ejército de oro» y «ejército de plata». Los dos cuentan con los mismos efectivos, han recibido la misma instrucción y disponen del mismo armamento. Los hemos equipado por igual y al máximo de nuestras posibilidades. La diferencia es que el ejército de oro está convencido de que tiene a Dios de su lado y que ello justifica sus actos. Por otro lado, el ejército de plata está formado exclusivamente por economistas. Todos contratan seguros adicionales y calculan las probabilidades de todo lo que pueda suceder.

¿Qué ejército querríamos en primera línea? Nadie optaría por los economistas y haríamos bien en reflexionar sobre el significado de esta elección porque supondría tener que engañar a todos esos

jóvenes inculcándoles unas creencias falsas para su protección y para la nuestra. Es una postura muy hipócrita. La idea de tener que adoctrinar a nuestros soldados me repele. De la misma forma que los vacunamos contra enfermedades habría que vacunarlos contra la manera de pensar de los economistas —o de los filósofos— porque, de lo contrario, podrían preguntarse: «¿Estoy seguro de que esta causa es justa? ¿Estoy bien preparado para arriesgar mi vida con el fin de proteger a los demás? ¿Estoy totalmente convencido de que mis mandos están haciendo lo correcto? ¿Y si soy lo bastante inteligente y reflexivo para idear un plan de batalla mejor porque veo que este es inútil? ¿Aun así voy a lanzarme a las trincheras?». Es un dilema sobre el cual no sé qué hacer, aunque creo que, como mínimo, deberíamos afrontarlo.